

A SU MANERA

**BERLUSCONI SE CONFIESA
COMO NUNCA ANTES**

ALAN FRIEDMAN



Índice

Portada

Dedicatoria

Nota del autor

Prólogo

Capítulo 1. El seductor nato

Capítulo 2. El negociador

Capítulo 3. El magnate de los medios

Capítulo 4. Apocalypse Now

Capítulo 5. El primer ministro multimillonario

Capítulo 6. George Bush y el ataque a Sadam

Capítulo 7. Un amigo en el Kremlin

Capítulo 8. ¡Mujeres!

Capítulo 9. Sobornos, corrupción y mafia

Capítulo 10. Come, bebe y mata: el asunto libio

Capítulo 11. Intrigas internacionales

Capítulo 12. ¡Culpable!

Capítulo 13. El final

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A Gabriella

NOTA DEL AUTOR

Como periodista estadounidense que se crio en los años setenta, siempre me ha fascinado la famosa serie de entrevistas televisivas que el periodista británico David Frost le hizo al expresidente Richard Nixon en la primavera de 1977, más de dos años después de la espectacular dimisión de este.

El Watergate me obsesionaba, aun siendo adolescente, igual que hoy se obsesionan los chavales con los videojuegos y con Facebook. La teatralidad. La intriga. Las grabaciones de la Casa Blanca. La tapadera. Las primicias de Bob Woodward y Carl Bernstein en *The Washington Post*. ¡La humillación del presidente de Estados Unidos de América! Las famosas declaraciones de Nixon en las que dijo: «El pueblo debe saber si su presidente es un sinvergüenza o no. Yo no soy un sinvergüenza».

Nunca tenía bastante. Esperaba con ansia la siguiente entrega de la saga del Watergate. Las devoraba como si fueran caramelos.

El verano de 1974, que pasamos en nuestra casa de vacaciones situada a orillas de un lago del norte del estado de Nueva York, obligué a mi hermana, que entonces tenía trece años, a ver conmigo a diario las noticias sobre el juicio político, que culminaron en agosto con la teatral dimisión del presidente Richard Nixon. Lo vimos dimitir y lo vimos despedirse del personal de la Casa Blanca con aquel extraño saludo que hizo, aquel gesto desesperado con la mano que le dedicó al pueblo estadounidense antes de subir al helicóptero posado en el césped de la Casa Blanca

que lo llevaría a la base de la Fuerza Aérea de Andrews; desde allí, humillado, daría comienzo su largo vuelo a California.

Recordé de golpe todo aquello a principios de 2014, cuando Rizzoli, mi editorial italiana, de Milán, me propuso que intentase convencer a Silvio Berlusconi, el dirigente más pintoresco y controvertido de la historia reciente de Italia, de que accediese a contarme la historia de su vida. Conocía a Berlusconi desde hacía treinta años, desde mis inicios como corresponsal extranjero en Milán para *The Financial Times* de Londres, a principios de los años ochenta. Yo había criticado encarnizadamente a Berlusconi en más de una ocasión, pero su historia personal acabó por intrigarme, y no solo por sus presuntas fiestas «bunga bunga» y los juicios por corrupción, sino sencillamente por su vida, extraordinaria y casi épica. Había seguido de cerca los acontecimientos que rodearon su caída política en 2011, su condena por el Tribunal Supremo de Italia por fraude fiscal en 2013 y su expulsión del Senado italiano aquel mismo año. Sin embargo, la sombra de Berlusconi en Italia todavía es alargada, así que la historia me seguía interesando.

La primera vez que le pregunté si le interesaba colaborar en este libro no esperaba gran cosa. Era el 12 de marzo de 2014, a última hora de la mañana. Fui a verlo a su suntuosa residencia de Roma, situada en el segundo piso de un *palazzo* deslumbrante del siglo XVII, con frescos en los techos y paredes cubiertas de tapices de hilo de oro. Berlusconi tenía entonces setenta y siete años y, al parecer, le caí bien sobre todo por ser estadounidense (y, por lo tanto, no un periodista italiano con ideas preconcebidas), pero también porque se había sentido reivindicado en otro libro que escribí sobre política italiana, un resultado que no había sido precisamente mi principal objetivo al escribirlo.

Le informé de que había decidido escribir un libro sobre su vida y le pedí total colaboración, así como libre acceso a sus archivos, familiares, amigos, socios empresaria-

les y aliados políticos. Me miró a los ojos durante un buen rato, y luego me dijo que en la última década había rechazado al menos quince peticiones similares. Le dije que esto no sería solo un libro, sino también una serie de diez o quince entrevistas televisivas, al estilo de las famosas entrevistas de Frost a Nixon en 1977. Sin quitarme la vista de encima masculló algo así como que entendía que hoy «todo tiene que ser multimedia» y, de pronto, me tendió la mano. Se la estreché, y entonces me dijo muy claramente: «Confío en que cuente mi historia con honradez y justicia». Le agradecí su confianza y repliqué sin titubeos: «No será una hagiografía. No voy a escribir la historia de un santo ni de una víctima. No seré hostil, pero tampoco le haré ningún favor. Escribiré, con justicia y equidad, la historia de una vida extraordinaria tal como yo la veo, pero usted responderá a mis preguntas sobre cada uno de los capítulos de su vida y todo quedará grabado en vídeo».

Silvio Berlusconi aceptó mis condiciones. Aquel mismo día, uno de sus asistentes me dijo cuál fue el motivo, en su opinión: «El mundo se está derrumbando a su alrededor, y aunque sueña con volver a la vida política, ve esto como su legado; usted es su testigo, el primer y último periodista con el que compartirá la historia de su vida usando sus propias palabras».

Durante los diecisiete meses siguientes, desde la tumultuosa primavera de 2014 hasta finales del verano de 2015, observé a Berlusconi de cerca, sobre todo en su casa. Mantuvimos numerosas conversaciones y entrevistas durante un periodo intensamente emocional para Berlusconi; un periodo marcado en buena medida por la amargura y el fracaso pero en el cual, al mismo tiempo, planificaba constantemente su regreso político. En cierto modo fui testigo de un psicodrama de la vida real que se desarrollaba ante mis ojos. También tuve el privilegio de disfrutar de un inusual acceso ilimitado que me permitió llegar a conocer de

verdad a aquel hombre, con sus mecanismos naturales, sus esquemas de pensamiento, sus pequeñas manías e incluso sus chistes y anécdotas favoritos.

Durante un tiempo, cada vez que iba a entrevistarle, ya fuese en el *palazzo* de Roma o en el jardín de su espectacular villa en el pueblo de Árcore, a las afueras de Milán, estaba ocurriendo algo malo. En algunas ocasiones se ponía emotivo, casi siempre en vísperas de la resolución de alguno de sus muchos procesos judiciales. Después de las entrevistas solía pedirme que charlásemos un rato en privado y se sinceraba conmigo, me hablaba de sus enemigos, me confiaba sus preocupaciones, sus esperanzas, sus ambiciones.

Siempre le dejé claro que seguiría el modelo de las entrevistas de Frost a Nixon; lo mencioné en muchas ocasiones. Se lo dije cuando firmó los formularios de aprobación para este libro y para el documental y la serie de televisión en presencia mía y de otros tres testigos, entre los que estaban su novia, Francesca Pascale, y su portavoz, Deborah Bergamini.

Cuando firmó los documentos legales de autorización, los formularios de aprobación necesarios para continuar con el proyecto, se me pasó por la cabeza, no sé por qué, la frase más famosa que el presidente Nixon le dijo a David Frost en aquellas entrevistas legendarias: «Me derribé yo mismo. Les di la espada y me la clavaron y la retorcieron con entusiasmo...».

Me pregunté qué diría Silvio Berlusconi sobre su papel en su viaje épico e increíble. Con el paso de las semanas y de los meses no quedaría decepcionado.

Lucca, Toscana
26 de agosto de 2015

PRÓLOGO

Es un día caluroso de verano en Moscú, a finales de julio. La Plaza Roja parece tomada por un ejército de turistas, muchos de ellos chinos y japoneses, que se sacan autofotos con la celebérrima catedral de San Basilio de fondo.

Parece que los chaparrones y las nubes oscuras de la mañana se han desvanecido y, a la derecha de la catedral, un sol lánguido ilumina las imponentes murallas del Kremlin. El viento del oeste, sin embargo, sigue soplando con fuerza, y el pronóstico para la tarde es de fuertes aguaceiros. El tiempo de Moscú tiene fama de veleidoso.

Para llegar a la torre Spasskaya, donde espera el personal del presidente Putin, hay que cruzar la inmensa plaza. Junto a la muralla oriental del Kremlin se alza el mausoleo de Lenin, una inmensa estructura de mármol negro que alberga los restos mortales del que fuera jefe del partido bolchevique. La estructura tiene un aire de abandono, como si fuera una reliquia del pasado.

El reloj que corona la torre Spasskaya, también conocido como el reloj del Kremlin, marca las cuatro y veinte de la tarde. Una calma inquietante satura la atmósfera y, desde la atalaya de la torre, da la sensación de que los turistas desperdigados por la Plaza Roja se mueven a cámara lenta.

En lo alto del pináculo de la torre brilla la estrella roja, símbolo por antonomasia del poder soviético, fabricada de cristal color rubí. Al otro lado de los 2.235 metros de muralla que forman esta inmensa fortaleza llamada Kremlin se ven turistas por todas partes.

La puerta principal de la torre Spasskaya está custodiada por dos soldados de la Guardia de Honor que a todas luces sufren el calor y la humedad mientras se recolocan al hombro sus fusiles con bayoneta. Una mujer joven y guapa que trabaja para el portavoz del presidente sale de la torre y se me presenta. Charlamos durante unos minutos; luego llegan los intérpretes y el maquillador, y entramos en la parte del Kremlin que está cerrada para los turistas. En el momento de cruzar la entrada se hace un silencio profundo y extraño.

Seguimos al equipo del presidente sin mediar palabra. Por todas partes hay guardias de seguridad que se conducen con la expresión adusta y el aura de secretismo y entrega propias de su profesión. Salimos a los jardines y caminamos a lo largo de un gran edificio durante unos minutos hasta llegar al gran portón negro que marca la entrada de la administración presidencial. Nos disponemos a entrar en el Edificio Número Uno, el palacio del interior del recinto del Kremlin donde Lenin y Stalin vivieron y gobernaron, ambos habitantes de esta fortaleza que todavía resulta algo oscura y amenazadora. Dejamos atrás ahora el patio del antiguo edificio del Senado, una estructura neoclásica blanca y ocre amarillento que se construyó por orden de Catalina la Grande en el siglo XVIII y que acabaría albergando la primera sede del Gobierno soviético tras la Revolución bolchevique de 1917. Por todas partes nos rodea la historia de la Madre Rusia; es palpable, hace pesado el aire.

Entramos en el edificio por una puertecilla lateral, la puerta número siete, tan pequeña que casi ni se ve. En un cuartucho oscuro revisan nuestras bolsas con un detector de metales. Al cabo de otros cinco minutos nos conducen por un pasillo blanco largo y estrecho de techo alto: se siente uno como en un búnker muy elegante; el ambiente es claustrofóbico y recuerda a la guerra fría, o al menos se ajusta a lo que uno espera de una historia de intriga de la guerra fría. Al recorrer este pasillo de la planta baja del edi-

ficio uno del Kremlin casi parecen captarse los susurros de George Smiley, el personaje de Le Carré, o el guiño insolente de James Bond en *Desde Rusia con amor*. La realidad es más real que la ficción. Un simulacro. Estamos en el Kremlin y todo, todo, es tremendamente real.

Avanzamos en silencio y entramos en un ascensor desde cuyas paredes de cristal se contempla un patio interior que parece abandonado. El ascensor se detiene en el segundo piso. Hemos llegado. Estamos en el centro neurálgico del Kremlin, el sanctasanctórum, el corazón del poder de la Rusia de Vladímir Putin: la segunda planta del Edificio Número Uno.

Esta ala del Kremlin es suntuosa, una sucesión de salas oficiales redecoradas en estilo neoclásico. Todo está perfecto e impecable. De las paredes, de un blanco immaculado, cuelgan varias representaciones del Kremlin y la Plaza Roja en siglos pasados. A la derecha se sucede un desfile de puertas esmaltadas en blanco y decoradas con frisos dorados. Todos los detalles son precisos y exquisitos, hasta las manillas cinceladas en oro. De vez en cuando se ve algún que otro anticuado teléfono beige de estilo soviético que da la nota anacrónica.

Hemos llegado a la Sala de la Chimenea, el lugar designado para el encuentro con Putin. Se encuentra en la zona noreste del Kremlin, una ala estrictamente prohibida a la ciudadanía de a pie. Es ahí donde trabaja Vladímir Putin, donde toma las decisiones que determinarán el destino de su país y la geopolítica de medio planeta.

Solo hay cuatro estancias entre la Sala de la Chimenea y el despacho de Putin, una zona inaccesible para la mayoría de los mortales, como me confiesa un miembro del personal. Se trata de las mismas estancias que utilizaba Iósif Stalin en los años cuarenta. La única diferencia es que, en la actualidad, se ha cambiado el austero estilo soviético por un paisaje más ornamentado a base de estuco y dorados, más propio del neoclásico europeo.

La sala anexa al despacho de Putin es un espacio enorme y elegante que debe su forma oblonga a la de la cúpula que cubre esta parte del Edificio Número Uno. El suelo es de un parqué artístico y refinado, al estilo del siglo XVIII, taraceado de maderas claras y oscuras que crean figuras geométricas y medallones florales. La araña de cristal es majestuosa, y los techos estucados recuerdan a Versalles. Los cortinones festoneados son lujosos, barrocos, y los tapices, preciosos. Y a solo unos metros de allí, Putin está reunido con los miembros de su Gabinete, incluido Dmitri Medvedev, su alter ego y primer ministro de Rusia.

El despacho de Putin está tras una puerta doble imponente adornada con incrustaciones de oro en toda su longitud. Esta puerta le da acceso directo al Salón de las Cumbres, donde recibe a los dirigentes extranjeros y a sus comitivas. En una de las salas anexas, que no cuesta reconocer porque es la que se suele ver de fondo en las conferencias de prensa televisadas tras los encuentros con jefes de Gobierno extranjeros, las paredes están cubiertas por un tapiz rojo con el emblema de la presidencia de Rusia, un águila bicéfala, repetido hasta el infinito. El águila, que en sus orígenes fue el símbolo de los emperadores bizantinos y más adelante lo sería de las dinastías Habsburgo y Romanov, es ahora el emblema del presidente de Rusia. Pasamos a otra cámara, esta con una especie de antesala con paredes azul claro y una gran mesa blanca. En ella nos detenemos para tomar una taza de té y charlar largo y tendido con algunos miembros del equipo del presidente. La conversación gira, sobre todo, en torno a las posibilidades de Hillary Clinton, Donald Trump y Jeb Bush en la carrera por la Casa Blanca. Moscú parece demasiado optimista sobre las probabilidades de Trump.

En la mesa nos han dispuesto algunas bandejas con canapés variados, casi todos de pescado y marisco. También hay *pirozhki*, una especie de empanadillas rellenas de repollo o manzana. Todo cocina rusa tradicional. Nos halla-

mos a solo unos metros del despacho de Putin, en el que pasa con su equipo casi toda la tarde. La sensación de intriga de la guerra fría se ha desvanecido, sustituida por una espera aparentemente interminable durante la que nos permiten recorrer el ala presidencial con total libertad, sacar fotografías y admirar el mobiliario y los cuadros. El personal de seguridad, con sus trajes oscuros y sus auriculares, observa todos nuestros movimientos, pero se lo ve acostumbrado a la presencia de los invitados del presidente; en muchos aspectos recuerda al servicio secreto de la Casa Blanca.

Poco antes de las siete de la tarde, el personal se traslada hacia la Sala de la Chimenea. Los cámaras han terminado de preparar su equipo, los intérpretes han probado el suyo y ya no queda nada más que hacer salvo esperar a Putin. Por la estancia deambulan varias figuras más o menos conocidas. Un empleado especialmente locuaz que trabaja para el portavoz del presidente, Dmitri Peskov, charla animadamente sobre política internacional bajo la mirada adusta del retrato del general Alexander Suvórov, uno de los pocos militares de la historia de Rusia que nunca conoció la derrota, saliendo invicto de más de sesenta grandes batallas. Suvórov fue el último generalísimo del Imperio ruso, famoso por su manual militar *La ciencia de la victoria*. El equipo del presidente espera en silencio, a todas luces acostumbrado a sus ritmos.

Sobre las ocho menos cuarto nos anuncian oficialmente que el presidente no tardará en llegar. Los miembros del personal se dirigen a sus puestos en la Sala de la Chimenea, donde los cámaras están preparados para grabar. Los guardaespaldas se colocan en línea, casi como si fueran una guardia de corps, formando una falange a lo largo de los cuarenta metros que debe recorrer Putin para llegar a la Sala de la Chimenea.

A las ocho en punto se abre la puerta doble del despacho del presidente de la Federación rusa y llega Vladímir Vladímirovich Putin. Al presidente lo siguen Peskov, otros miembros de su equipo y más guardaespaldas. Unos instantes después, Putin cruza el umbral de la Sala de la Chimenea.

La llegada del presidente es como una brisa siberiana. Su rostro parece tenso y demacrado, pero camina con firmeza y decisión. Su lenguaje corporal impresiona; parece emanar autoridad y poder a cada paso que da. No cuesta imaginárselo recorriendo estas salas en privado, preparándose para afrontar decisiones difíciles que pueden cambiar el destino de países enteros. Hay algo electrizante en su llegada a la Sala de la Chimenea. Todo el mundo se pone firmes. Fuera, la oscuridad se ha tragado lo que quedaba del día y una lluvia constante golpetea los cristales de las enormes ventanas. Los cámaras están listos para grabar, los micrófonos ya están encendidos.

Vladímir Putin saluda a su interlocutor con una sonrisa y un apretón de manos, y en menos de diez segundos toma asiento en una de las dos sillas que se han colocado frente a la chimenea, como se suele hacer en sus conversaciones con otros dirigentes. El clic del obturador de la cámara del fotógrafo oficial es lo único que rompe el silencio pasajero mientras intercambiamos algunas frases triviales con uno de los hombres más poderosos del planeta.

El presidente lleva un traje oscuro y sobrio con camisa blanca y corbata azul. Calza zapatos negros de cuero irremprochablemente lustrados. Es impecable, perfecto, intenso. Al principio, su mirada resulta impenetrable. George Bush debe de estar dotado de poderes sobrenaturales para decir que miró a Putin a los ojos y captó su alma.

Entonces, cuando surge el tema de Silvio Berlusconi, sucede algo. En cuestión de minutos, el hombre de mirada fría como el hielo, el cazador de osos, el experto en artes marciales, el presidente de la Federación Rusa, cambia de